

El terrorismo como narración

El terrorismo crece en paralelo a los medios de comunicación, es una herramienta de la política. Su clave no es tanto acabar con la violencia como con la narración que la soporta. Y esa batalla es emocional.

FEDERICO AZNAR FERNANDEZ-MONTESINOS

Resolver un conflicto es entenderlo, captar sus matices; su nombre es siempre la primera cuestión. Los nombres no son neutrales, escogerlos adecuadamente otorga ventaja. Por ello, el lenguaje es uno de los primeros y principales terrenos de enfrentamiento pues define el marco y fija las reglas. Imponer el lenguaje, señalar las palabras, definir las importantes y apropiarse de ellas resulta capital. Cuando las palabras han sido asignadas y están en uso, resulta muy difícil modificar el marco conceptual de un conflicto. Y es que las primeras batallas no son militares. Así el terrorismo es una violencia expresiva que reclama la legitimidad, erigirse en representante de la sociedad, poseedor de la verdad y vengador de sus agravios. Es una narrativa sangrienta que no destruye tanto como desacredita.

El terrorismo es algo más que violencia, es según Mao, política con derramamiento de sangre: la utilización de la violencia (o la amenaza) en beneficio de un proyecto político. Es más, sí la guerra es un acto de comunicación con un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política escenificada mediante un cierto derramamiento de sangre.

TERRORISMO Y POLÍTICA

El terrorismo es, por muy ilegítima que resulte, una herramienta de la política. A la contra la violencia forma parte del terrorismo, pero el terrorismo no es sólo violencia; de hecho, lo más importante del terrorismo no es la violencia sino su discurso. Por eso el terrorismo dosifica y modula la violencia atacando los nodos de la sociedad para su transformación.

A todas luces no trata de ser resolutivo en tanto que no puede imponer su parecer, escenificando mediante una estrategia mediática, un poder que no tiene. Su éxito se encuentra indefectiblemente ligado al desarrollo de una política mediática que coordine los planos estratégico y táctico; sólo es viable cuando es tomado en consideración.

Es una guerra limitada, un modelo extremo de guerra asimétrica en el que lo militar se reduce al mínimo. Su victoria sólo puede ser limitada e indirecta, negociada; no aspira a la derrota del oponente sino a una imagen. Su reducido número es apto para operar (el secreto obliga) no para vencer; y además no tiene capacidad ni intelectual ni humana para gestionar la victoria.

El terrorismo es un fenómeno mediático que implica acciones tácticas para influir políticamente. Son actuaciones que superan su objeto. Su práctica encarna la de un publicista; un mensaje, el simbolismo y la cualidad de lo inesperado para atraer la atención del público objetivo.

¹ Clausewitz, Carl Von. *De la guerra* T I. Ed. Ejército, 1999, p. 343.

Decía Clausewitz, “una batalla es una forma de sondear las fuerzas morales y físicas por medio de estas últimas,¹” pues un atentado también; o como Glucksmann apostilla “por su realidad, la guerra es una prueba de fuerza, por su necesidad una prueba de sentido. Opone físicamente fuerzas que no son jamás estrictamente físicas y materiales”² Son acciones de alto contenido simbólico que pretenden demostrar la capacidad y representatividad del grupo.

Es una ficción de guerra ya que el terrorismo presupone una ficción de poder. Por eso la valoración de un atentado debe hacerse en términos de impacto mediático primero y psíquico después. El maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder; sin embargo, tal valoración debe hacerse en términos globales pero también midiendo la equivalencia y alineamiento entre política y estrategia que en el caso terrorista es extremo. La violencia no es el elemento esencial. En palabras de Glucksmann :

“[...] La guerra es un choque de discursos, que no gana el mejor [...] sino el que abarca el campo de batalla [...] la guerra no sólo establece las condiciones de toda comunicación: es en sí misma, comunicación.”³

El terrorismo siempre actúa en representación de una base social que pretende confundirse con la sociedad. La población se convierte en objeto y objetivo de la lucha. El problema de los terroristas suele ser confundir su capacidad real con su propio ruido.

La violencia no es inútil aunque a la larga, puede ser equivocada, errónea y lastrar la legitimidad propia. Para evitarlo tratan de distanciarla del proyecto político mientras incorporan sus réditos; por eso los grupos terroristas tienden a segregarse de las organizaciones de las que surgen. A la contra, el terrorismo es negación no construcción; debe formar parte de una estrategia

más amplia que incluya a otros grupos con los que alcanza una simbiosis nunca explícita.

Otro lugar común es afirmar que los terroristas no tienen ética. No es cierto, tienen la suya. No son psicópatas; el terrorista precisa un espacio moral que le justifique, de una ética para convivir con la violencia; su actuación no se presenta como un acto de su elección sino como una prolongación de las circunstancias. El terrorista se siente irresponsable, una extensión del brazo de la Historia o de la religión.

El atentado atrae el foco sobre la narrativa, la dota de visibilidad, publicita sus ideas. Hace pedagogía conmocionando para convocar a la audiencia y plantear el debate, fijar sus reglas e imponer las palabras con las que ha de realizarse. La persistencia mediática tendrá un efecto multiplicador que presentará cada atentado como actual. Así lo inconcebible podrá ser concebido, después aceptado para, por último, ser natural e inevitable.

El terrorismo es ofensiva, una actividad del espíritu, de voluntad, ejecutada por personas fuertemente motivadas. La emocionalidad está ligada a la movilización; es la clave de una victoria que se producen cuando terrorista y pueblo se confunden.

La actividad terrorista presupone un enfrentamiento entre diferentes modelos estratégicos y capacidades, lo que impide el isomorfismo clausewitziano de las estrategias militares, la tendencia de las partes a imitarse. La legitimidad se mantiene declinando tal invitación, una importante tensión entre racionalidad y emocionalidad.

Los atentados no son actividades aisladas sino que se hilvanan unos a otros y concurren sobre un discurso que dota de dirección y sentido a la violencia. La narrativa terrorista incorpora así acción, mensaje y causa. Es su dimensión espiritual, la espina dorsal el lugar de conjunción de elementos materiales e inmateriales. El medio forma parte del mensaje; al decir de Schelling “se comunica mediante actos más que mediante palabras, o mediante actos que se añaden a las palabras y la acción se convierte en una forma de comunicación.”

² Glucksmann, André. *El Discurso de la guerra*. Editorial Anagrama, 1969, p.81.

³ IBIDEM, p.83.

EMOCIÓN, NARRATIVA Y VIOLENCIA

El hombre no es lineal, es contradictorio, es arabesco. La separación griega entre cuerpo y espíritu, no atiende a la naturaleza integral del ser humano, en el que lo racional y lo irracional resultan consustanciales. A mayor progreso, mayor contradicción interna. No cabe una aproximación matemática a sus problemas; los líderes radicales tienden a disponer de una formación científica (médicos, ingenieros...) desde la que abordan y resuelven cuestiones sociales y humanísticas.

Narrar es seducir, describir la realidad desde un punto de vista subjetivo; son emociones presentadas racionalmente. No hay un profundo y sesudo trabajo académico, que ni atrae ni interesa al común, detrás de unas propuestas por lo demás inconcretas, construidas con argumentaciones poco elaboradas, cargadas de lugares comunes y frases inacabadas cuya argamasa es la voluntad; intentan dar rigor a una realidad intuida.

Una narrativa es una selección de hechos que conduce a un imaginario preestablecido. Una conjunto hilvanado de ideas, no falso pero sí incompleto; puede ser una ideología, una religión... pero siempre una selección de hechos, puntos de referencia, un equilibrio entre realidad y ficción. No son un hecho neutral ni objetivo. Es un acto de creación, de voluntad, que incorpora elementos racionales e irracionales, un puente entre lo tácito y lo explícito.⁴ Un mecanismo de construcción de identidad, un instrumento de socialización.

Por eso no es inmutable en su forma. Cambia para mantener inalterable el fondo; evoluciona y se adapta incorporando elementos del presente que enlazan con su propuesta de futuro. Cuentan con capacidad para reinterpretar los hechos e incluso a sí mismas con tal de mantener una coherencia emocional con los fines.

Son románticas pero no universalistas ni racionalmente simétricas; parten siempre de una arcadia feliz que permite explicar el futuro utilizando el pasado; o, para ser más exacto, reescriben el pasado en nombre del futuro. Sí una referencia no sirve, sin ambages, se busca otra; lo importante es preservar el espíritu movilizador, la dinámica. Para la doctrina oficial norteamericana

“El principal mecanismo para la difusión y absorción de ideologías es la narrativa. Una narrativa es un conjunto organizado de ideas expresado en forma de historia (cuento). Las narrativas son fundamentales para la representación de la identidad... Las historias (cuentos) sobre la historia de una comunidad proporcionan modelos sobre como actos y consecuencias están relacionadas y a menudo son la base para el diseño de estrategias de actuación y para la interpretación de las intenciones de otros actores”⁵

Decía Freud en su trabajo “El malestar en la cultura” que la violencia se ejerce no tanto entre las grandes diferencias como sobre las diferencias menores, cuando es posible el reconocimiento pero no alteridad. Los grandes crímenes se han justificado sobre fantasías. Para Ignatieff:

“el narcisismo de la diferencia menor consiste, pues, en la entrega a una fantasía colectiva que permite a los individuos amenazados o ansiosos evitar el esfuerzo de pensar por sí solos e incluso de pensar en sí mismos. De igual modo, la tolerancia dependerá de la capacidad para individualizar a los demás.”⁶

Y es que las narrativas no describen la realidad la crean, generando el espacio ético necesario para la violencia. La narración es así un producto “de uso interno a pesar de sus pretensiones de universalidad, no vale más que para el campo que la defiende con el objeto de fortalecer su hostilidad”.⁷ Una narrativa puede encarnar una identidad depredadora. Se presentan como religiones seculares cuyas propuestas por reconcentradas podrían clasificarse de

⁵ Manual Fm3.0 Operations. U.S. Army, 2008, apartado 166.

⁶ Ignatieff, Michael. *El honor del guerrero*. Editorial Taurus, 1999, p. 65.

⁷ Freund, Julián. *Sociología del conflicto*. Ediciones Ejército, 1995, p. 174.

⁴ Linde, Charlotte. *Narrative and social tacit knowledge*. <http://cseweb.ucsd.edu/~goguen/courses/papers/linde-narr-tacit.pdf>

milenaristas. Es un poder, una herramienta de persuasión política muy difícil de desactivar, precisamente por no ser racional.

Sí hay un elemento característico de las narrativas es la gestión de los silencios. El acento que pone sobre algunos aspectos y las sombras en que sume a otros. Las narrativas llevan consigo la capacidad para identificar y ensalzar lo importante y su perspectiva. Citando a Freund:

“la ideología no trata de saber si, por ejemplo, hay una contradicción entre el ideal de libertad y el de igualdad: excluye como enemigos a los que plantean una cuestión parecida... el deseo de exclusión es incluso un carácter típico de la ideología, pues ésta sienta plaza de criterio de verdad, una verdad aparente que se funda esencialmente en la disimulación de las dificultades o de las incompatibilidades teóricas y prácticas”.⁸

Su función es hacer inteligible la realidad a través de una intencionada simplificación crean una determinada percepción, en apariencia libre. Y la política se construye desde percepciones. Así se dirigen

“al sentimiento, incluso a la pasión y a la imaginación en pos de lo maravilloso. Encuentra su alimento en las grandes palabras y las grandes ideas con una connotación escatológica, tales como la libertad, la igualdad, la justicia, la felicidad o la paz, sin que jamás se precise el contenido de estos conceptos y sin que se especifiquen las condiciones de su actualización, posible con la acción política y económica concreta e inmediata...no tiene nada de pensamiento individual y crítico formado por la duda y una información metódica.”⁹

La narración permite una aproximación omnicomprendiva al hecho que explica mientras rechaza cuanto queda fuera, proporcionando al hombre las exactas referencias que precisa. Como sostiene Munkler “la concentración en las fachadas ideológicas...

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*, p. 173.

¹⁰ Munkler, Herfried. *Viejas y nuevas guerras*. Siglo XXI Editores, 2002, p. 119.

satisfacía al mismo tiempo la necesidad de abarcar fácilmente con la vista el panorama y verlo con facilidad.”¹⁰

En el mundo moderno, oponerse es más sencillo que explicar. Su simplicidad, la reiteración machacona y una escenificación indubitativa le otorga ventaja desde la perspectiva de la comunicación política.

La verdad, un poco atractivo prosaísmo o un conjunto de datos nada sugerentes, no son el criterio definitivo de valoración, sino la emoción de una propuesta ilusionante por poco realista que pueda ser. El resultado es un bucle melancólico, como lo denomina Juaristi¹¹, en la medida en que es incapaz de cerrarse y, perdida en el narcisismo, resolver su propia dinámica. Desencadenan un proceso que no solventan, porque la resolución es racional mientras el planteamiento emocional.

Cuenta con los componentes de una idea dinámica, autorreferente y tautológica, que puesta en marcha sirve para su autojustificación. Perder para ganar al decir de San Pablo. El monstruo que se devora a sí mismo.

“El contenido del fin, aquello mismo en que la patria al fin conquistada consiste, no es sino la lucha que sirvió para conquistarla, el nombre, la memoria y la gloria de aquellas mismas batallas, de esas mismas hazañas que tenían como objeto de conquista el propio cofre que al fin no tiene otra cosa que ellas.”¹²

No puede resolver los problemas a los que atiende; su reconocida naturaleza no científica hace aun más difícil su crítica. Así, por ejemplo, se produce una transferencia de sacralidad - las narrativas recaban para sí una fe cuasi religiosa - sin resolver el problema de la trascendencia. Aquellas que reclaman procesos de independencia fracasan porque las independencias suponen en el mundo moderno, occidental y democrático, no tanto la liberación de un colectivo como la amputación de parte de su identidad.

¹¹ Juaristi, Jon. *El bucle melancólico*. Espasa, 1998.

¹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre la guerra*. Ed. Destino, 2007, p. 157.

La polarización y el pronunciamiento son obligados; la indiferencia es imposible y la ruptura de la comunidad difícilmente evitable. Paradójicamente, el grupo que se fractura es el inspirador del fenómeno.

Además, resultan difíciles de penetrar, son refractarias, sólo consumen informaciones afines, una tendencia egocéntrica que puede acabar en el autismo. Es lo que Ignatieff, retomando la concepción freudiana, llama el narcisismo de la diferencia menor: “la característica más acusada de la mirada narcisista...el narcisista no tiene interés por los demás, salvo en aquellos aspectos que le reflejan;” la intolerancia no es más que un sistema de referencia.¹³

Cuando la guerra (o el terrorismo) es dentro de nuestro mundo es un choque de voluntades que se resuelve en el campo de batalla; cuando implica dos mundos – aunque uno de ellos sea ficticio - además de un choque de voluntades es un choque de identidades. Y esto el campo de batalla no lo puede resolver.¹⁴ Las armas no sirven para solventar problemas identitarios. La construcción de una identidad no se obtiene contra nadie ni es coyuntural.

El enfrentamiento puede determinar que voluntad es más fuerte, puede destruir la voluntad de seguir luchando pero el campo de batalla no puede reconstruir el futuro de las partes como tampoco su identidad o su reinterpretación.¹⁵ La fuerza militar, sino conlleva la aniquilación del otro, no resuelve el conflicto sino que lo aplaza hasta que el más débil encuentre medios para plantearlo nuevamente.

LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO

El terrorismo trabaja sobre efectos y derivadas en un formato de anillos de Warden; es un acto de provocación que pretende la denuncia y el cambio de roles, lo cual no es difícil porque la lógica del proceso no es la lineal, sino dialéctica, una lógica de

transformación. El terrorista se presenta como un amante de la paz inevitablemente compelido a la acción mientras el Estado, del que sólo se visualizan sus atribuciones coercitivas, es presentado como represor. En 1939 Hitler fue propuesto al Nobel de la Paz y una relevante revista lo proclamó hombre del año.

La respuesta del Estado de Derecho, siempre tasada y lenta, parece ineficaz pues la utilización de la fuerza es residual y reactiva. Pero su poder es incontestable. El Estado sí puede permitirse perder para ganar. Para derrotar a este enemigo lo primero que procede preguntarse, desde una óptica clausewitziana, es cuál es su centro de gravedad. Claramente, no son sus capacidades. No pretende tanto destruir como provocar una reacción equívoca para cuestionar la legitimidad y alimentar su discurso mientras debilita el del oponente.

Como prolongación de este razonamiento la denominada guerra sucia resulta equívoca en una democracia cuya legitimidad está en el consenso de la comunidad. Cosa distinta es una dictadura cuya fuente de legitimidad sólo radica en la eficacia.

Por ello el fracaso de la guerra sucia en democracia obedece a tres razones. En primer lugar, pervierte la célebre ecuación de Clausewitz al suponer la subordinación de la política a la táctica; aun es más, en este envite no se resuelve el problema porque el centro de gravedad del terrorismo no son las personas sino su discurso. La guerra sucia, sin opciones reales de resolver el problema, arriesga la principal baza del Estado, su legitimidad y el no reconocimiento de los terroristas como parte. El terrorista en tanto que delincuente es sujeto de la ley común; cualquier otra acción modifica su estatus y realimenta su discurso.

Los excesos no pueden ser asumidos. Con ello y siguiendo la dialéctica clausewitziana se está igualando a las partes, sin conseguir nada a cambio y con menoscabo interno y externo del Estado.

Cabe concluir que el problema no es militar – este está resuelto de antemano, la clave no es ganar la guerra, sino ganar la paz -,

¹³ Ignatieff, Michael. *El honor del guerrero*. Op.cit, p. 55.

¹⁴ González Martín, Andrés. *Evolución del pensamiento estratégico*. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia. X CEMFAS, 2008.

¹⁵ *Ibidem*

ni siquiera de Seguridad (aunque el arresto de terroristas es un paso adelante, son estrategias de contención) sino principalmente político. Y el Estado social y democrático de Derecho, es la piedra angular del discurso propio. Es imperativo resistirse a los cantos de sirena de la guerra sucia voluntariamente encadenados al mástil del Estado de Derecho.

El elemento decisivo en toda confrontación es la voluntad. Se está derrotado cuando así se acepta y nunca antes. Vencer es convencer sobre la inutilidad de la lucha. Surge la duda, ¿Qué debería hacerse cuando el enemigo que debiera rendirse no lo hace? Convencerle; vencer con él. El campo de batalla coincide con su objetivo: la población.

Acabar con la violencia es un primer paso; pero es imprescindible terminar con la narrativa terrorista, neutralizar sus símbolos movilizadores, liquidar la violencia estructural; hacer que asuman su absurdo para que no puedan en el futuro recabar la sangre, desde el olvido del hecho humano, como legitimidad fundacional. Sin narrativa la violencia se transforma en un fenómeno irracional y ditirámico.

Por consiguiente, para enfrentar el terrorismo a nivel estratégico y político debe existir un discurso que alinee objetivos y acciones. No tenerlo supone el desencaje de los planos táctico, operacional y político. No caben estrategias reactivas (es una contradicción in terminis); deben formar parte de una cuerda más amplia que incluya lo operacional y lo político.

Este discurso propio no precisa ser confrontado. Debe ser un discurso mejor, una narrativa inclusiva, una oferta que asuma la narrativa de los otros y disuelva sus demandas. La democracia es clave pues tal es su función. Es imprescindible repetir la propia historia como sí de un mantra se tratara. Esta debe actuar como aglutinante del grupo social propio para que recupere su estimación y orgullo; sin este elemento no cabe una victoria que es también materia emocional y de percepción.

Hitler decía que “los partidos políticos se prestan a compromisos; las concepciones ideológicas jamás”¹⁶ La razón es sencilla: Sí una ideología hace concesiones se desmonta, se desarticulan las líneas de pensamiento que sostiene, pierde su conexión con la razón y desarbola el imaginario deseado.

La solución es una pedagogía mediática que obligue a tomar en consideración lo que sistemáticamente excluyen dejando en evidencia las inconsecuencias del constructo terrorista, sus saltos argumentales y su falta de propuestas; presentar a las víctimas como seres humanos, devolviendo el dolor al espacio social que lo produce, contrasocializando el dolor.

TERRORISMO Y PAZ

En el siglo XXI la palabra paz es un tótem ante el que es preciso transitar e incluso prosternarse, cuando tiene un significado muy impreciso, vacío, que conviene rellenar para que realmente signifique algo. Aun diría más, la paz se ha transformado en objeto de confrontación porque el que se adueña de la palabra asociándola a su proyecto político alcanza la victoria. Así Glucksmann decía que “un conquistador es un amigo de la paz”¹⁷ porque pasa de una actitud activa a otra reactiva y, a fin de cuentas, la paz que propone no es otra cosa que la consolidación de su victoria.

Guerra y paz son, parafraseando a Clausewitz dos instrumentos de la política entre los que existe una contradicción dialéctica, no hay guerra sin paz ni viceversa. El fin político de toda guerra es la paz; al decir de Glucksmann: “la cordura positiva de la guerra anima su cordura negativa, se hace la guerra solo porque se piensa en poder terminarla.”¹⁸ Sí la guerra es una actividad del espíritu, la paz lo es de la razón.

¹⁶ Grundy, Kenneth W. *Las ideologías de la violencia*, Ed. Tecnos, 1976, p. 58.

¹⁷ Glucksmann, André. *El Discurso de la guerra*. Op.cit, p. 18.

¹⁸ *Ibidem*, p.37.

En los conflictos del siglo XXI, la sustitución de la victoria por la paz es prueba de la pérdida de autonomía de la guerra. La guerra es complementaria y no opuesta a la paz que aúna medio y fin.

La paz pertenece a la política mientras la victoria implica el logro de los objetivos militares. No hay una exacta correlación entre victoria y paz (bien lo recuerda la guerra de Argelia) aunque la parte vencedora siempre trate de construir la paz desde su victoria, lo que por otra parte, puede convertir a la paz en una continuación de la guerra por otros medios. La diferenciación entre victoria, el acto militar y la paz, el acto político, es imprescindible. Otro tanto sucede con la justicia que, contra el dictado de Kant, la experiencia muestra que, al igual que la verdad, queda subordinada al vencedor. La justicia transaccional no es aplicable en sociedades

democráticas, sino en crímenes de masas y siempre desde la condena de las ideologías y de sus principales responsables.

La violencia simbólica del terrorismo tiñe de sangre sus símbolos. El discurso de las partes no puede equipararse no sólo porque es un riesgo inaceptable sino porque resulta una imperdonable deslegitimación hasta de la democracia como concepto; la legitimidad de la paz, su marco, es la justicia.

Evaluar democráticamente las demandas terroristas y respetar las reglas sin otra respuesta que la legalmente prevista, no contestar a la provocación, escapar a la lógica de acción-reacción, puede

ser esforzado, pero también es no seguirles el juego e incorporarles directamente a la delincuencia. Ancha es Castilla. Sin considerar a los terroristas se pierde pero al final se gana.

La batalla es emocional no racional. Los hechos son sólo importantes por su impacto en el plano psicológico. La verdad no es relevante, la emoción es el hecho decisivo; aunque eso sólo sea cierto para ellos. Siempre habrá porvenir para el hombre pacífico.



FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS ES DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS, CAPITÁN DE FRAGATA DE LA ARMADA Y ANALISTA PRINCIPAL DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS.

BIBLIOGRAFÍA

- | | |
|--|--|
| <p>AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, FEDERICO. <i>Entender la guerra en el siglo XXI.</i> Editorial Complutense, 2011.</p> <p>AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, FEDERICO. <i>La ecuación de la guerra.</i> Editorial Montesinos, 2011.</p> <p>CLAUSEWITZ, CARL VON. <i>De la guerra T I.</i> Ministerio de Defensa, 1999.</p> <p>FREUND, JULIÁN. <i>Sociología del conflicto.</i> Ediciones Ejército, 1995.</p> <p>GARCÍA CANEIRO, JOSÉ. <i>La racionalidad de la guerra.</i> Editorial Biblioteca Nueva, 2000.</p> <p>GLUCKSMANN, ANDRÉ. <i>El Discurso de la guerra.</i> Editorial Anagrama, 1969.</p> | <p>HOFFMAN, BRUCE. <i>Historia del terrorismo.</i> Espasa Calpe, 1999.</p> <p>IGNATIEFF, MICHAEL. <i>El honor del guerrero.</i> Editorial Taurus, 1999.</p> <p>JUARISTI, JON. <i>El buda melancólico.</i> Ediciones Espasa, 1998.</p> <p>LAQUEUR, WALTER. <i>Terrorismo.</i> Editorial Espasa-Calpe, 1980.</p> <p>MÜNCKLER, HERFRIED. <i>Viejas y nuevas guerras.</i> Siglo XXI Editores, 2002.</p> <p>PÉREZ NÚÑEZ, PEDRO ANTONIO. <i>La paz y el fin de las narrativas.</i> Monografía del Curso de Estado Mayor, 2012.</p> |
|--|--|